

EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD  
Y LOS CIENTIFICOS LATINOAMERICANOS  
EN EPOCAS DE CRISIS

*Luis Dallanegra Pedraza*

Universidad N. de Rosario

---

RESUMEN

Los países de América Latina, entre otros países de la periferia mundial, para hacer frente a los cambios estructurales existentes, que obligan a una reconversión industrial y también socio-laboral, en vez de apostar por el fortalecimiento del sistema educativo y científico-tecnológico para favorecer progresivamente su inserción en la nueva dinámica mundial, mantienen el estado de debilitamiento de estos sectores, que constituyen motores de cambio y desarrollo, permitiendo así que los pueblos queden subordinados a su propio destino. La Universidad y las instituciones científicas, por su parte, no hacen nada para provocar cambios, y permiten que sean los líderes políticos *carismáticos* los que continúen arrastrando a los pueblos, en vez de generar desde estas instituciones, pautas racionales de desarrollo y de cambio.

ABSTRACT

In front of the structural changes the world lives, that force to an industrial and also social and labour re-conversion, the countries of Latin America - among other countries of the world periphery-, instead of betting to the invigoration of the educational and scientific-technological system, to favour its insert progressively in the new world dynamics, they maintain the state of growing weakness of these sectors which constitute motors of change and development, allowing the subordination of the peoples to its own destination. The University and the scientific institutions, on the other hand, nothing makes to generate changes, allowing the *charismatic* political leaders to continue driving the peoples, instead of generating from these institutions, rational rules of development and of change.

---

**Key words:** education, social policy, political sciences, psycho-sociology

**Punto de partida**

La comunidad mundial se encuentra en una etapa prolongada de crisis con cambios drásticos que producen efectos perjudiciales en amplios sectores sociales del mundo.

América Latina no sólo no está exenta de este fenómeno, sino que vive la situación paradójica debido, por un lado, a la orientación de las fuerzas económicas del mercado y empresariales transnacionales que generan cre-

cimiento en estos sectores gracias al avance, y la utilización masiva de tecnología y, por el otro, a la insatisfacción de las demandas sociales, a las que antes daba respuesta el Estado. Pero hace ya cierto tiempo que, a través de las políticas implementadas por sus gobiernos, ha abandonado su papel histórico, permitiendo que sea el mercado *-o tal vez dejándolo en sus manos a propósito-* el que resuelva, a su manera, todos estos problemas.

En consecuencia, se han producido una serie de situaciones, como el aumento de la distancia entre los sectores más enriquecidos y los más empobrecidos; un crecimiento de la pobreza a índices desconocidos históricamente; un crecimiento inconcebible del desempleo por políticas mal planteadas de privatizaciones y el despido indiscriminado generado por los nuevos dueños de las empresas, que buscan rentabilidad con bajo costo; un creciente endeudamiento del Estado que a través de sus gobiernos –cada vez menos representativos y que ya no responden a la sociedad sino a las fuerzas económicas dominantes, más allá de que manejen los parámetros de gobernabilidad– ha asumido el costo de la deuda privada también.

Se suele afirmar que es la alternativa correcta a un Estado que, en América Latina, ha sido excesivamente intervencionista y, por lo tanto, contribuyó al desastre económico y social de la región. Además, se piensa que los graves problemas de desempleo, pobreza, desinversión, desindustrialización, que vive hoy América Latina, se deben fundamentalmente a que el Estado no ha sabido manejar sus recursos, ni los administra bien y no tanto al proceso de privatizaciones, de la flexibilización y desregulación laboral, etc. Es decir, no es un problema derivado del modelo utilizado, sino de la mala gestión del Estado.

De esta forma se ha producido en la sociedad una sensación generalizada de *sin salida*. Todo está mal, nadie sabe hacer las cosas bien y es la sociedad la que tiene que pagar el costo y las consecuencias de esto.

La gente está convencida de que los que están a cargo de la gestión de los asuntos de Estado, las Universidades y las instituciones científicas, están intentando proporcionarles un futuro mejor, aunque lo cierto es que la corrupción, la mediocridad y el interés personal son los que priman. Hay un divorcio creciente entre los dirigentes y la nación.

La sociedad latinoamericana, en general, vive en un estado creciente de *orfandad*. Están a la expectativa de que surja alguien que les diga qué hacer, hacia dónde ir, cómo resolver su situación. La cultura latinoamericana es de tipo carismático (Weber, 1978) necesita de *caudillos* que la orienten. Se siente incapaz, o no está educada para participar y defender sus propios intereses o buscar sus propios objetivos.

Las situaciones de cambio provocadas por las transformaciones estructurales y también por la ideología dominante, el neoliberalismo, tienen un impacto en la gente que le resulta difícil de asimilar. La creciente pobreza y el desempleo atentan contra la salud social y psicológica de la gente, que pierde progresivamente, no sólo su esperanza y credibilidad en quienes dicen que los dirigen y los representan, sino también su dignidad.

La sociedad latinoamericana ha entrado en una etapa de *anomia*<sup>1</sup> (Samojedny, 1986; Foucault, 1992), que está degenerando paulatinamente en *conductas destructivas*, fundamentadas en la indiferencia, el individualismo, la pérdida de la solidaridad social y la desnaturalización del marco institucional de los Estados-Nación.

Frente a todo esto, no hay personas, dirigentes o instituciones que asuman la responsabilidad de marcar la dirección hacia la cual ir, qué hacer y cómo actuar.

No obstante, existe una reacción, que surge de la misma sociedad civil que se hace responsable de las respuestas; aunque aún son grupos minoritarios y, paradójicamente, pertenecen a los más necesitados y menos preparados desde el punto de vista de la educación.

### **Gobernabilidad o cómo abstraerse de lo social**

Está ampliamente reconocido que el concepto de gobernabilidad comprende parámetros tales como la legitimidad y la eficiencia.

La legitimidad está asociada al voto popular, que en la mayoría de los casos, es captado de manera engañosa, a partir de discursos con dimensión social, pero que en ningún caso es realizado; los partidos que acceden al gobierno obedecen a la *ideología imperante*, el neoliberalismo, que deja todas las respuestas en manos de las fuerzas del mercado.

La eficiencia se relaciona más con hacer las cosas en función de la rentabilidad económica, en beneficio de los sectores empresariales y la banca, que buscan asegurarse la *seguridad jurídica* –que no le es dada al trabajador o al desempleado, al jubilado, al consumidor engañado, etc.– para sus inversiones, con la resolución de las problemáticas sociales mencionadas en los discursos partidistas, aunque no realizadas, puesto que al Estado está vedado de intervenir en estos casos.

De esta manera, la gobernabilidad tiene que ver con el mantenimiento del orden en beneficio de la eficiencia rentable, independientemente de la representatividad de los que gobiernan –al menos de la representatividad

---

<sup>1</sup> Sin normas, sin reglas claras para convivir y actuar socialmente. Estado de conciencia escindida y confusa.

formal alcanzada a través de las elecciones—, mediante promesas al pueblo que luego no son cumplidas. La gobernabilidad se encuentra así más cerca del enfrentamiento político por el poder que de la resolución de los problemas del país.

La permanente preocupación por la gobernabilidad, cada vez que ocurren manifestaciones populares de disconformidad, tiene más que ver con la expectativa acerca de cómo reaccionarán los mercados frente a este tipo de *desórdenes*, esto es, si el inversor se quedará, se irá o dejará de elegirnos, y no con resolver los problemas del país, por ejemplo, usando el ahorro interno en vez de depender del capital extranjero.

El grado de gobernabilidad depende más de actores, factores y presiones económico-financieras externas que de los factores sociales internos.

### **Modelos económicos de imitación**

En la búsqueda por alcanzar la rentabilidad y lograr ubicar al país en los puestos de *elegibilidad* para los inversores, a través de los parámetros trazados por las “calificadoras transnacionales”, los dirigentes latinoamericanos tratan de imitar a los modelos económicos asiáticos basados en un bajo costo de su mano de obra, complementando todo con la adquisición de nueva tecnología por parte de las empresas privatizadas, que implica una mayor eficiencia, rentabilidad y aumento de la productividad a partir de la disminución de la mano de obra, generando desempleo masivo y creciente subempleo.

Los modelos económicos asiáticos se hicieron a partir de países que carecen, en su gran mayoría, de materia prima y que muchos tienen o tuvieron gobiernos autoritarios, mientras que la región latinoamericana tiene todo tipo de recursos naturales, minerales y alimentarios, estratégicos y no estratégicos.

Se desperdicia lo que se tiene y se procura construir modelos a partir de algo que para otros escasea y a nosotros nos sobra pero que permitimos que otros -*gobiernos o transnacionales*- exploten.

### **Liderazgos carismáticos**

Toda esta situación genera desesperanza y desorientación en gran parte de la población, que sigue votando a una elite que promete resolver la problemática social creciente, a partir de políticas, que mantienen obligatoriamente el modelo económico adoptado y que responde a la ideología dominante a nivel mundial: *el neoliberalismo*.

El resultado es el recrudecimiento de la problemática social y la insistencia por parte de la elite política, aconsejada quizá por los sectores em-

presariales y sus *econometristas*, de que se debe continuar con el rumbo y profundizar las medidas de “desregulación” y “flexibilización” social y laboral, para que el mercado a partir del crecimiento de la economía, termine provocando el necesario bienestar a la población que, en absoluto debe ser asumido nuevamente por el Estado, o de lo contrario se volverá a las viejas épocas -*dicen los que sostienen la ideología*- de ineficiencia.

De esta manera, la sociedad, en vez de participar activamente en la construcción de su propio destino, queda sumergida en la mediación paternalista de dirigentes carismáticos, que prometen *favores* sociales, como obsequio, a cambio de votos.

Esta *irracionalidad social* se mantiene, no sólo alimentada por falsas promesas, sino también por esas dádivas que dan respuesta a situaciones coyunturales, dejando conformes a los demandantes que responden afirmativamente al apoyo electoral reclamado, que hacen disminuir los niveles de presión social provocados por la disconformidad y que podrían conducir a situaciones de “ingobernabilidad” y, por último, eliminan toda posibilidad de que se genere una cultura social participativa que abandone estas prácticas paternalistas.

Al caudillo le conviene que el sistema educativo no funcione, o tenga un bajo perfil, a la vez que sea un mero transmisor de conocimientos y no innovador de pensamiento e ideas. De esta manera mantiene el control y se maneja con la *magia* de su liderazgo carismático que otorga favores que tienen que ser devueltos con lealtad.

Hoy, el nexo entre los ciudadanos y sus líderes se ha hecho muy frágil. La población, es generalmente poco clara en relación con sus propias preferencias. Lo que la gente dice dentro de los grupos de interés o en las encuestas de opinión se basa a menudo en juicios que pueden cambiar fácilmente ante nuevos acontecimientos o nuevos argumentos. Sólo saben que están mal, que tienen problemas.

Sin embargo, la población, especialmente en los países desarrollados, como los europeos, ahora ha descubierto la ausencia de poder de sus supuestos líderes. Sin tener en cuenta las elecciones puede obtener lo que quiere, poniendo en acción manifestaciones de masa, bloqueando los puertos o las refinерías de petróleo u otros lugares. Estas manifestaciones les resultan fácilmente organizables con la ayuda de la telefonía celular y de Internet. En el caso de América Latina lo hace a través de agrupaciones u organizaciones no gubernamentales o de la sociedad civil, aunque no con el mismo grado de efectividad que tiene en los países europeos. Con todo se detecta un papel creciente de la sociedad civil, que busca retomar su destino en sus propias manos, orientándose a la reformulación del *pacto social* en

aras de reconstruir al “Estado” en términos en que el *orden* siga siendo el elemento rector, pero que vaya acompañado de una justicia en términos equitativos y distributivos y no impuesta por los *ordenadores*<sup>2</sup> (Dallanegra, 1998).

El poder de los líderes es cada vez más inconsistente. Las elecciones se han transformado en una simple instantánea de los estados de ánimo pasajeros. Nos encontramos sumergidos en una “democracia electoral” y no participativa y representativa (Druker, 1993).

Esta falta de representatividad de los políticos y los partidos hace que las organizaciones no gubernamentales (ONG) constituyan un elemento cada vez más importante de la sociedad civil. Se mueven como si estuvieran en el lugar del gobierno o, al menos, en el del Parlamento, como expresión de la voluntad popular. Y no faltan los ejemplos de una nueva política por parte de la gente, a través de los referéndums, las manifestaciones espontáneas, o las actividades de las ONG.

Los políticos han perdido el contacto con la gente. Son incapaces de reconocer los cambios en las preocupaciones de la población y esto hace que, a pesar de ser elegidos, su legitimidad sea puesta en duda. Al menos, su representatividad; los poderes económicos y financieros transnacionales e internacionales los legitiman con su apoyo o su cooptación.

De alguna manera, el nexo entre los ciudadanos y sus líderes se ha vuelto cada vez más frágil. Esto es particularmente cierto en relación con los partidos políticos, incapaces de recoger las opiniones populares y de canalizarlas a través de un verdadero liderazgo. De este modo, las opiniones de amplios grupos no sólo quedan sin ser escuchadas en los canales oficiales, sino que persisten a través de los años. El Parlamento ya no es la verdadera tribuna nacional (Dahrendorf, 2000).

En una sociedad con honda raíz carismática como es la latinoamericana, el pueblo y los dirigentes sindicales –más preocupados por mantener un poder que están perdiendo, que por resolver los problemas de los trabajadores y los desocupados o subocupados– están a la expectativa de que aparezca un caudillo que lidere a las masas hacia un destino mejor.

De esta manera se ha establecido una *simbiosis pueblo-caudillo* que mantiene paralizados a nuestros países, bajo la creencia de que son fuerzas extrañas las que nos detienen, y no la mediocridad y los intereses espurios de los caudillos que se sirven del pueblo para subir y perpetuarse en el poder.

---

<sup>2</sup> Generadores de orden. Particularmente los que detentan los elementos de poder aunque no necesariamente estén formalmente instalados en el gobierno.

Este tipo de liderazgo ha sido positivo en momentos de crisis, de grandes cambios, o de necesidad de alcanzar la independencia en el siglo XIX, pero ahora debe desarrollarse un proyecto que permita a nuestros países integrarse mejor en el contexto mundial y resolver los problemas internos.

### **Ausencia de un liderazgo racional**

El sector educativo, en sus diferentes niveles –preescolar, primario, secundario, universitario, postgrados–, históricamente tratado de forma secundaria, salvo excepciones, por los gobiernos de la periferia, ha entrado también dentro de todo este proceso, mediante el régimen de privatizaciones y bajo el lema de la búsqueda de una mayor eficiencia. Las nuevas políticas gubernamentales han mermado la educación que había sostenido históricamente el sector público, pasando a ser una *inversión de riesgo* asumida por el sector privado, que entró en el *negocio* de la educación sin ningún tipo de controles por parte del Estado, en cuanto a la calidad de la educación o al nivel de los educadores.

De esta manera, la calidad educativa ha disminuido y el objetivo principal, especialmente en las Universidades privadas, es que el alumno pague su cuota y, a cambio, reciba un título profesional. Titulación que muy probablemente no le sirva para conseguir trabajo, no sólo porque todo está regido por el mercado, que busca rentabilidad con disminución de costos y procura tener a la mano de obra, incluso la más especializada, en la cuerda floja para poder controlarla, sino también porque los gobiernos, parecen no ver los grandes cambios mundiales<sup>3</sup> (Dallanegra, 1998), que se vienen gestando desde la caída del Muro de Berlín en 1989 y el fin del sistema bipolar desde 1991. Así, los gobiernos dejan en manos del mercado las respuestas a todo, en vez de generar mecanismos, especialmente de tipo educativo, para “reconvertir” a la sociedad, al sector laboral, de forma que paulatinamente vaya incorporándose a los nuevos parámetros dictados por los cambios estructurales que se van produciendo.

La Universidad latinoamericana, no forma futuros líderes, ni pensadores, ni investigadores, sino profesionales que ejerzan, no que piensen. No asume, dentro de su presupuesto, el desarrollo de proyectos de investigación. Se premia a aquellos que se van a formar o a perfeccionar fuera del país en Universidades europeas o norteamericanas, que regresan imbuidos

---

<sup>3</sup> Hablo de los cambios de carácter estructural provocados por la evolución de la ciencia y la tecnología y que se transparentan recién luego de la finalización del sistema bipolar basado en bloques impermeables, no los generados por el predominio de la ideología neoliberal, aunque tienen incidencia también.

de una forma de pensar, que no coincide con las necesidades, aspiraciones o resolución de los problemas latinoamericanos, atendiendo a una perspectiva propia, o de la periferia en general, sino con los intereses de esos países e instituciones educativas.

Estos profesionales, formados fuera, terminan convirtiéndose en grandes especialistas, pero pierden el sentido de nacionalidad y de identidad y, por sobre todo, de proyecto nacional y/o regional, a cambio de un convencimiento y lealtad para concepciones cuyo interés está –*vista desde el “centro”*– más cerca de la dominación de la periferia que de la ayuda externa. Muy pocos de estos profesionales regresan con el objetivo de utilizar sus conocimientos, adaptándolos a la resolución de los problemas locales y regionales y, en general, no logran integrarse, debido a que tampoco encuentran respuesta ni reconocimiento por parte de las instituciones públicas.

Estas instituciones norteamericanas o europeas hacen uso de la globalización para imponer su pensamiento y dirección en el contexto mundial y lo van logrando, ayudadas por la gente que va de la “periferia” a formarse y regresa con la convicción de que ese es el camino. Ejemplos son la escuela económica de Chicago, de larga tradición en la conformación de modelos económicos para América Latina, impuestos de manera autoritaria a partir de gobiernos militares, particularmente en Chile, Argentina, Brasil, México; o la de Harvard que forma profesionales que implementan su pensamiento en la periferia mundial, sea América Latina –en los mismos países donde también busca mostrar sus ventajas comparativas la Escuela de Chicago–, o la actual Federación Rusa o el mundo asiático.

El sector científico, que siempre ha estado solitario y ha hecho todo con mucho esfuerzo y que fue asumido, aunque de manera muy elemental, por el Estado en América Latina, también se ve sujeto a una disminución en el presupuesto y a amenazas de privatización por parte de las autoridades gubernamentales bajo el pretexto de lograr mayor eficiencia. Por su parte, el sector privado poco o nada ha aportado y lo que hace, es en beneficio propio.

Lo llamativo del caso es que, esta forma de pensar no es mantenida por *marcianos* que nos han invadido y pretenden imponernos su punto de vista, sino por gente que pertenece a la misma sociedad en la que nosotros vivimos, pero que no responde a esa sociedad sino a una ideología impuesta por el sector privado transnacional al que le molesta un Estado fuerte, y por otros Estados poderosos que necesitan de una periferia fragmentada, subordinada y servil y se apoyan en la elite de la periferia que es *funcional* en este tipo de proyectos.



Se ha provocado la sensación de que gran parte de los países de la periferia son inviables, salvo que adopten políticas neoliberales desarrolladas por el mundo industrializado, los organismos multilaterales a los que pertenecen la gran mayoría, pero que son controlados por el voto ponderado de los países más poderosos, y los actores transnacionales, especialmente empresas, fondos de pensión o de seguros y la banca.

Al no existir una fuerte capacidad creativa en la periferia se terminan importando no sólo ideologías, sino también bibliografía y modelos de pensamiento y acción, que se utilizan para formar a una minoría que conducirá a estos países hacia un destino, que está más cerca de los intereses del centro que de la satisfacción de las demandas y las necesidades de los pueblos de la periferia. Se ha desarrollado y enquistado una intelectualidad o pseudo-intelectualidad, que justifica la ideología imperante o las políticas del *establishment*, logrando presupuestos significativos a cambio de esta conducta servil.

La Universidad ha perdido la *universalidad* y se ha transformado, especialmente la privada, en una institución al servicio de los intereses del poder, sea político, económico o financiero.

Los sistemas de selección de académicos han desaparecido casi en su totalidad. Las cátedras son otorgadas de forma injustificada, a cambio de cierta funcionalidad e identificación con el sistema, independientemente de que exista, o no, capacidad. No hay mecanismos serios ni confiables para el nombramiento de los profesores, para mantenerlos en sus puestos, o para despedirlos.

Existe un divorcio entre lo que es el profesor –que en general, en la Universidad es un profesional que dedica una parte de su tiempo a la enseñanza– y el investigador científico. Existe una fuerte tendencia a la transmisión de conocimientos que otros generan, particularmente de los Estados Unidos de América o de Europa, sobre todo en el área de las ciencias sociales. Lo mismo ocurre con los organismos estatales de desarrollo científico, que impiden, o sancionan a los investigadores que tienen varias horas de cátedra, favoreciendo así un divorcio entre la generación del conocimiento y su difusión.

En la *era del conocimiento*, nuestros países no pueden continuar girando alrededor del liderazgo de caudillos populares, sino de una racionalidad necesaria, en la que el pueblo cumpla con la función de participar activamente en la construcción de su futuro y su elite utilice mecanismos racionales y confiables en la realización de planes y proyectos para esa construcción. Eso, sólo se logra con educación.

Un país en el que la educación no es importante, en el que el desarrollo científico es débil y carente de apoyo, está subordinado a los poderes de turno, sean los internos o los internacionales. Difícilmente podrá construir su futuro. Esos países son mantenidos en esa condición por los grupos internos que se benefician con un pueblo sin grandes recursos educativos y dependiente y, a la vez, por otros países y grupos externos que se benefician con la situación de dependencia en la que se encuentran. Esta es la historia de la gran periferia mundial. Esta, y no la ausencia de recursos materiales, es la verdadera causa de la dependencia.

Frente a esto, la Universidad, no está cumpliendo con la función de liderazgo direccional, ni siquiera el sector científico. El liderazgo racional, frente al liderazgo carismático o caudillesco, debe ejercerlo la Universidad y su organización científico-tecnológico.

En vez de ser la Universidad la que salga a la calle a dar servicios a la sociedad, la empresa, el gobierno nacional, provincial o municipal; la que diga qué hacer, hacia dónde ir, qué decidir, opinar desde un punto de vista científico sobre lo que se está haciendo y decidiendo, ser la que genere proyectos de investigación y plantee modelos de desarrollo; está totalmente ausente de todo esto y se limita a producir profesionales. En vez de decirle al político qué tiene que hacer, invita al político a que dicte clases o dé conferencias en sus claustros, preguntándole que clase de Universidad pretende, o avala sus posturas políticas para obtener favores y ventajas durante su gobierno.

La Universidad y las instituciones científicas deberían constituir el mejor recurso, la mejor inversión para construir el futuro de nuestros países y, sin embargo, son los sectores más descuidados y de conducta más errática.

Los políticos se manejan con la soberbia de los que detentan el poder y prescindieren del conocimiento de los especialistas. Creen que porque están informados lo saben todo. Confunden información con saber qué hacer. En el mundo de hoy, cualquiera accede a la información, pero saber qué hacer con ella, sólo puede hacerlo el que está preparado. Confunden dirección de las masas, con gobierno. La Universidad latinoamericana no puede permitirse el lujo de dejar que la región quede a merced de la suerte que los caudillos le den, o que actores, como las empresas transnacionales o la banca privada sean las que le impriman la dirección y el proyecto de vida.

La Universidad y el sector científico que tendrían que estar unidos en la misma institución, deberían constituir el cerebro activo de una sociedad. Si la Universidad no cumple con la función de ser creativa, de establecer en qué dirección debe moverse la sociedad, pierde la razón de ser, para transformarse en una mera transmisora de conocimientos que otros generan. De

esta manera, permite que las sociedades latinoamericanas continúen en situación de estancamiento y favorecen que la *magia* de la ideología imperante sea la que dé las respuestas que el conocimiento debería proporcionar.

Si se quieren generar cambios en la sociedad latinoamericana; esa que viene sufriendo un proceso de degradación inconcebible, más allá de la cantidad de recursos naturales que tiene, es necesario hacer una revolución, en términos de cambio de estructuras. Esta revolución, debe comenzar por el conocimiento acerca de qué se debe hacer y hacia dónde dirigirse. Esta revolución debe asumirla e iniciarla el sector educativo.

No asumir esta responsabilidad, es favorecer la dependencia de los países latinoamericanos y de sus pueblos. Es permitir que la sociedad continúe en la condición de anomia y de autodestrucción. Los mecanismos *perversos* están superando a los mecanismos racionales de construcción social. Esto requiere de un freno desde el sector del pensamiento, de los que generan valores; caso contrario la destrucción procederá.

### Referencias

- Dahrendorf,R.(2000): Los políticos están cada vez más lejos de la gente. *Diario Clarín (Buenos Aires)* y *La Republica*. Traducción: Franca González Serra (3 de octubre del 2000).
- Dallanegra Pedraza,L.(1998): *El Orden Mundial del Siglo XXI*. Buenos Aires: Ediciones de la Universidad.
- Druker,P.F.(1993): *La Sociedad Postcapitalista*. Buenos Aires: Edit. Sudamericana.
- Foucault,M.(1992): *El Orden del Discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Samojedny,C.(1986): *Psicología y Dialéctica del Represor y el Reprimido*. Buenos Aires: Roblanzo S.R.L.
- Weber,M.(1978): *Economy and Society: An Outline of Interpretative Sociology*. Berkeley: University of California Press.

**Luis Dallanegra Pedraza** es Dr. en Ciencia Política y Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Es Profesor Titular de Teoría de las Relaciones Internacionales, Política Exterior Argentina y Sistemas Políticos Latinoamericanos Comparados en la Carrera de Ciencia Política y de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador, Buenos Aires. Es Investigador Científico del *Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)*, con más de 25 años analizado temas sociales y políticos